

THE JAPANESE GEOPOLITICAL PROCESS SEEN FROM LATIN AMERICA

by Carlos J. Fraguío

ABSTRACT

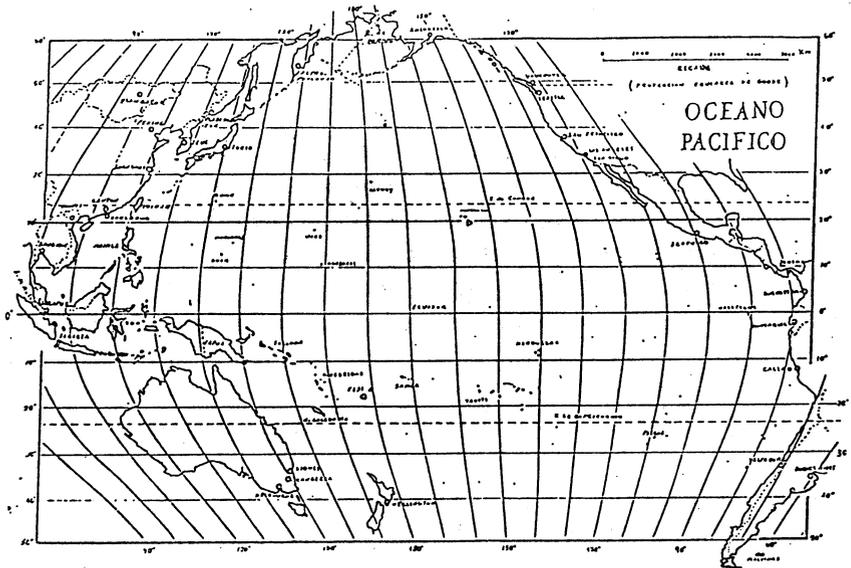
A considerable number of people talk of the gradual change of the geopolitic axis and civilization from the Atlantic, predominant for about 500 years, towards what has been called the Pacific Area.

Taking into account that the countries in the Pacific Area gather half of the world population and produce half of the gross world product, along with an average per capita income of 1,400 US dollars a year, this encounter of the East and the West through the Pacific, by means of a cultural merge in an actual maturing process which shall go far beyond the economic and social progress desired by all, will lay the foundations for a reciprocal relationship between these civilizations and for the beginning of a new type of shared culture. This will be the greatest Process of Exchange Among Nations ever recorded in human history.

The Latin American nations, with their intense and increasing exchange with their neighbors from the other side of the ocean (Japan, Taiwan, Korea, China, etc.), prove to have become aware of the coming of the "Pacific Era", as the former Prime Minister Zenko Suzuki defined it in his speech delivered in 1982, when he emphasized the need of regarding Latin America as a part of the vast Pacific Ocean.

In agreement with what the journalist Jiro Tokuyama has written: "~~History~~ has decided that the 21st Century be the century of

the Pacific, when the nations composing the Pacific Community replace the Euro-American axis as a center of world politics and economic predominance". Tokuyama's opinion, published in an influential Japanese newspaper, finds reinforcement in Arnold Toynbee's predictions: toward the 21st Century the European civilization will share its success with the Pacific civilization, and from the 21st Century onwards the Pacific region will emerge as predominant.



PROCESO GEOPOLITICO DE JAPON VISTO DESDE AMERICA LATINA

Contraalmirante (Ret.) Carlos Jaime Fraguío

Como región de interés geopolítico el Océano Pacífico abarca la mitad de la superficie de nuestro planeta, la comprendida entre la longitud 110° Este (meridiano de Vietnam) y 70° Oeste (meridiano de Chile). La extensión acuática de este océano es suficiente para cubrir a todos los continentes juntos: el Pacífico ocupa el 33 por ciento de la superficie del planeta y las tierras emergentes el 29 por ciento.

Más de diez mil islas se hallan dispersas en el Pacífico, la Polinesia, la Micronesia y la Melanesia, con una superficie total de 1.300.000 km² y unos tres millones de habitantes bautizados los "vikings del Pacífico" por su aptitud para navegar largas distancias y emigrar poblando las islas de este extenso archipiélago, entre los siglos 20 A.C. y 10 D.C.

Pero el Océano Pacífico configura una región de interés geopolítico por la magnitud e importancia de los países ribereños que bordean la cuenca. Entre ellos se encuentran cinco de las siete naciones más populosas del mundo: la China popular con casi mil millones de habitantes (un cuarto de la población mundial), la Unión Soviética con 250 millones, los Estados Unidos con 200 millones, Indonesia con 150 millones y Japón con 120 millones, quedando fuera la India con 450 millones y el Brasil con 100 millones. En cuanto a extensión territorial, cinco de los seis países más grandes del mundo pertenecen a la región: la URSS con 23 millones de kilómetros cuadrados, Canadá con 10 millones, China con 10 millones, los EEUU con 9 millones y Australia con 8 millones, quedando fuera el Brasil con 9 millones de kilómetros cuadrados.

Pese a que estas estadísticas físicas son impresionantes, es el dinamismo lo que impulsa la importancia mundial de la región. Cuatro potencias regionales (los EEUU, la URSS, el Japón y Canadá) representan cuatro de los seis productos brutos nacionales más grandes. Dentro del noreste asiático están desplegados elementos de

cinco de los seis ejércitos mayores del mundo y las aguas del Pacífico occidental son patrulladas por unidades navales y aéreas de las tres armadas más grandes del mundo (la americana, la soviética y la china). También pertenecen al Pacífico los cinco países más pescadores y los tres que tienen marinas mercantes más numerosas y más crecientes.

El registro del impresionante crecimiento económico de la región puede resumirse en el hecho de que desde 1977, el comercio entre los países de la cuenca del Pacífico supera en valor y en cifras crecientes, al intercambio entre América del Norte y Europa.

Pero la región del Pacífico ha sido un foco de interés geopolítico durante más de cien años, desde mucho antes que apareciera el concepto de superpotencias. Personas de diferentes medios han estado de acuerdo en afirmar la importancia del área del Pacífico como un factor notable en la futura organización y en la intensificación de los vínculos internacionales. El presidente norteamericano Teodoro Roosevelt, hablaba del siglo presente y de los años venideros como de la época de resurgimiento del Pacífico.

Los frecuentes llamados a la cooperación transpacífica han estado presentes en dirigentes de los países más importantes de la cuenca; en 1967 por ejemplo, Richard Nixon expresó el desarrollo de Asia vinculado al Pacífico. Takeo Miki, ex-canciller y ex-primer ministro japonés, se refirió a una esfera de prosperidad del Pacífico en ese mismo año. En el mundo académico surgieron las proposiciones del economista Saburo Okita, que también fue canciller del Japón, sobre la denominada *Asociación de Comercio Libre del Pacífico*.

Poco a poco la idea de la necesidad de una mejor comunicación transpacífica ha motivado a hombres y grupos visionarios, a través de numerosos foros políticos, académicos, empresariales y estratégicos en los cuales se han debatido estas ideas. Entre éstos, la Octava Conferencia por la Paz Mundial realizada en Japón en 1978 bajo el lema "La Era del Pacífico: Problemas para la Década de los Ochenta y más Allá"; también la publicación del Overseas Development Council sobre "La Zona del Pacífico: su Desarrollo y los Intereses Norteamericanos". Trabajos del Congreso de los EEUU y otras instituciones de prestigio se sumaron a estas actividades. Ya en el año 1969 el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile realizó un seminario internacional bajo el lema "Amé-

rica Latina Mira al Pacífico". En 1979 un seminario celebrado en la Isla de Pascua fue titulado: "La Comunidad del Pacífico Hacia un Rol para América Latina".

En muchos medios se habla del cambio paulatino del eje geográfico y civilización de la humanidad desde el Atlántico, predominante cerca de 500 años, hacia lo que se ha denominado el Área del Pacífico.

Teniendo en cuenta que los países del Pacífico reúnen la mitad de la población humana y generan la mitad del producto bruto mundial, con un ingreso medio per cápita de 2.400 U\$S por año, este encuentro de Oriente con Occidente a través del Pacífico, mediante una síntesis cultural en franco proceso de maduración que irá más allá: del progreso económico y social que todos desean, creará las bases para una reciprocidad de civilizaciones y el ingreso a un nuevo tipo de cultura común. *Este será el Proceso de Intercambio Entre Naciones más colosal que registra la historia humana.*

La competencia por el predominio naval ha significado un fuerte incremento de la presencia soviética en el Pacífico: excepto en buques anfibios y portaaviones, las fuerzas navales soviéticas de superficie y submarinas superan a las de la Séptima Flota de los EEUU en la proporción de dos a uno. Este hecho basta para ilustrar la emergencia del Pacífico como zona de grandes conflictos, como lo viene siendo desde hace cien años.

En esta era de crisis energética, los países del Pacífico representan el 30 por ciento de la producción mundial de carbón y petróleo, sin contar las reservas del Mar del Sur de la China que serían de las mayores que se han descubierto. En tiempos de escasez de alimentos, la producción de granos de la región controla el 83 por ciento de las exportaciones mundiales de trigo. También la zona posee un 67 por ciento de los depósitos de uranio, un 50 por ciento de la producción mundial de acero y reservas financieras en oro y divisas del orden del 20 por ciento del total mundial.

A pesar de las diversidades, de las distancias y de la heterogeneidad, desde la postguerra, cinco países desarrollados del Pacífico: Australia, Canadá, Japón, Nueva Zelanda y los EEUU han mostrado tasas impresionantes de desarrollo económico y también han aumentado su intercambio comercial. El Japón emergente de su condición de nación vencida, figura ahora como la tercera potencia económica mundial y muy bien puede subir al segundo puesto antes

del fin de este siglo. Corea del Sur muestra también un proceso igualmente impresionante, habiendo evolucionado en el lapso de una generación desde el lugar de uno de los países más pobres y menos prometedores, hasta el actual nivel de "país desarrollado" comparable con el de España, Italia e Inglaterra. Otras potencias menores no comunistas del Asia como Malasia, Singapur, Tailandia, Indonesia, Filipinas, Hong Kong y Taiwan han avanzado tecnológicamente, con un corrimiento natural desde las industrias mano-de-obra-intensivas hacia industrias mano-de-obra-superavitarias, demostrando que es posible lograr altas tasas de desarrollo y mejorar la calidad de vida dentro del modelo que se ha denominado de los "nuevos Japoneses".

Nuestra imagen de la China Popular ha estado justificadamente deformada por sus convulsiones internas de origen ideológico como la "Gran Revolución Cultural". Estas convulsiones han por cierto inhibido el desarrollo, pero durante ese período la China ha sabido mantener una tasa de crecimiento del 5% anual, mayor de la que la URSS y los EE.UU han podido lograr recientemente. Si bien el ingreso per cápita ha mejorado sólo en aspectos marginales, los incrementos de base nacional son significativos, sobre todo lo significativo en términos de potencial militar. Sin embargo las necesidades de la China son colosales y su camino hacia el desarrollo es todavía muy largo (¿25 años?, ¿50 años?). A pesar de todo, su manifiesta determinación de alcanzar la modernización es uno de los elementos importantes en la geoestrategia del Pacífico.

El fin de más de 30 años de incomunicación oficial y de hostilidades entre la China por un lado, y el Japón y los EEUU por el otro, ha significado el inicio de una nueva era de relaciones en el Pacífico Asiático. El Tratado de Paz y Amistad entre la RPC y el Japón firmado en agosto de 1978 y el establecimiento de relaciones entre Pekín y Washington desde enero de 1980, son hitos que marcan esta nueva era en la política mundial.

El gobierno chino parece haber finalmente reconocido que la modernización puede lograrse solamente con la asistencia de la tecnología occidental. Aunque el ya exageradamente elogiado *Mercado Chino* es insuficiente en por lo menos dos requerimientos críticos: capacidad de absorción y medios de pago externos, los comerciantes japoneses y los occidentales se manifiestan deseosos de correr los riesgos presentes en favor de un potencial beneficio futuro.

Las otras naciones comunistas de la región, que por razones ideológicas y estratégicas han fortificado la autosuficiencia y el intercambio dentro de bloques sometidos, están siendo forzadas más y más a interrelacionarse comercialmente con el mundo externo. Las inversiones soviéticas para el desarrollo de la Siberia Oriental constituyen un significativo factor económico y estratégico regional aún cuando su impacto esté encerrado dentro de límites nacionales. Los soviéticos reconocen la deseabilidad de la asistencia de capitales y tecnología del oeste y del Japón para ese desarrollo, pero su total realización está inhibida por una variedad de consideraciones políticas. Según cómo y cuándo el petróleo, el gas y otros recursos siberianos comiencen a fluir en grandes volúmenes en trueque por capitales y tecnología, el proceso de intercambio del Pacífico Norte experimentará otra significativa expansión. Aún Corea del Norte, que hasta ahora evidencia la disciplina marxista más introvertida y autárquica, ha insinuado su deseo de incrementar su intercambio con países no comunistas como un modo de atenuar su deplorable circunstancia-económica.

Las naciones que configuran el Pacífico Insular (oceanía) más los estados de las costas de la cuenca, hacen un total de más de 40 países con problemas comunes, enormes riquezas materiales y culturales y un encomiable deseo de independencia. No obstante la diversidad, la heterogeneidad y la enorme extensión geográfica, se está tejiendo entre estas naciones una verdadera red de dinámicas relaciones que constituyen los fundamentos para futuras vinculaciones culturales y económicas de mútuo beneficio.

Las naciones latino americanas del Pacífico (Méjico, América Central, Colombia, Ecuador, Perú y Chile) con sus intensos y crecientes intercambios con sus vecinos del otro lado del océano (Japón, Taiwan, Corea, China, etc.) evidencian que han tomado conciencia del advenimiento de la "Era del Pacífico" tal como la definió el ex-primer ministro Zenko Suzuki en su discurso en 1982, donde enfatizó la necesidad de mirar con atención a América Latina como parte del vasto océano.

En el mosaico de esta región oceánica vemos las distintas composiciones raciales del Pacífico: caucásicos, mongoloides, negroides, centenares de idiomas y dialectos; diversas expresiones políticas, culturales, artísticas, religiosas y espirituales que le dan más diversidad a las civilizaciones de Oceanía, del Pacífico Asiático, del Pacífi-

co Sur y de las Américas desde Alaska a Tierra del Fuego. Esta amalgama de tradiciones y creaciones culturales harán de la civilización del Pacífico algo único en la historia de la humanidad. La pluralidad será la nota predominante en la emergente comunidad.

Como ha escrito el periodista Jiro Tokuyama: "La historia ha ordenado que el siglo XXI sea el siglo del Pacífico, cuando las naciones que forman la Comunidad del Pacífico reemplacen el eje euroamericano como centro de la política mundial y de la preeminencia económica". La opinión de Tokuyama, aparecida en un influyente periódico japonés, se refuerza con las predicciones de Arnold Toynbee. Según el Historiador, hacia el siglo XXI la civilización europea compartiría su gloria con la civilización del Pacífico, y desde el siglo XXI en adelante la región del Pacífico surgiría como predominante.

Desde el punto de vista económico, datos recientes de la OCDE apoyan también estas proyecciones: hacia el año 2000 el aporte porcentual al producto bruto mundial por los EE.UU y la Comunidad Económica Europea, caerá de un 31 por ciento a un 19 por ciento y de un 20 a un 15 por ciento respectivamente, mientras que el Japón subirá de un 16 a un 23 por ciento. El potencial combinado de Japón y China será casi el mismo que el de los EE.UU hacia el año 2000.

Algunos observadores postulan la idea de llegar a un orden mundial desde el aspecto cultural, basado en los pilares del Atlántico y del Pacífico, con el Continente Americano como puente. Ello requerirá un esfuerzo para lograr una mejor comunicación que respete la cultura y los intereses diversos en este mosaico cultural y geopolítico. En la perspectiva del Pacífico Sur, y particularmente desde América del Sur, la nueva era que se anuncia requiere también una vocación política y una capacidad de admiración minuciosa y realista del mundo asiático. Es imposible imaginar a nuestra región al margen de este emergente proceso. No obstante, en América Latina, la apatía y la falta de voluntad para volcarnos al siglo del Pacífico puede ser un obstáculo que no se debe ignorar:

Para la Argentina, que ocupa una posición antípoda respecto del polo de desarrollo China-Japón, las vías de vínculo y acceso pueden desarrollarse hacia dos direcciones prácticamente equidistantes: hacia el Este, desde nuestro litoral atlántico cruzando el Océano Indico; hacia el Oeste, accediendo al Pacífico Sur por los pasos

cordilleranos y los estrechos fueguinos. La Argentina no debe desatender su vínculo con las naciones sudamericanas del Pacífico, a fin de no quedar excluída del arreglo que algún día se concertará entre los países ribereños de ese océano. Arreglo que algunos llaman la "Alianza Pacífica" no solo por su relación con el océano homónimo, sino por la falta de rivalidad militar entre sus miembros. Claro que la rivalidad económica existirá con fuerza, y solamente los esforzados y los eficientes sacarán las mejores ventajas.

Esto nos lleva a reflexionar sobre el llamado "principio bi-oceánico" (chile en el Pacífico, Argentina en el Atlántico, y nada que ver del otro lado), y si sería conveniente acordar una zona marítima de interés común argentino-chilena, de extensión simétrica a ambos lados del meridiano del Cabo de Hornos.

El Pacífico Norte

Dos procesos de la postguerra son fundamentales a la actual situación geopolítica del Pacífico norte. El primero es la alianza EE.UU.-Japón. El segundo la ruptura sino-soviética que, luego de hacer fintas furante varios años, resultó un hecho aceptado generalmente en la vida internacional desde 1960. Esta ruptura alteró fundamentalmente la orientación de los intereses políticos y militares en la región y, aunque lentamente, modificó el contexto estratégico y las opciones de todos los participantes. Aisló a la URSS en el este asiático excepto de Corea del norte (una ventaja algo marginal) y, como hemos visto, redujo drásticamente la seguridad de su flanco oriental. El efecto militar fué incrementar las fuerzas soviéticas en la región, con la correspondiente compensación por fuerzas chinas. Esta introspección de fuerzas dentro del bloque comunista fué en efecto un triunfo de los intereses nacionales sobre la ideología.

Sin embargo, ambas naciones comunistas tienen gran capacidad para el pragmatismo. Durante la cúspide de los insultos verbales el comercio bilateral continuó entre ellas, y los soviéticos recurrentemente han lanzado sondeos buscando el acercamiento. El liderazgo post Mao parece haber comprobado que su posición no es de elección entre revolución y modernización, sino de que sin modernización no hay revolución. Así las cosas, si la asistencia occidental no parece

adecuava a las necesidades chinas, un giro hacia la URSS no es del todo impensable.

En cuanto a la alianza de de los EEUU con el Japón, la importancia estratégica de este país proviene de su posición geográfica, especialmente en cuanto afecta a los tráficos marítimos soviético, chino y americano, siendo a su vez totalmente dependiente del libre paso de los buques. Este Tratado de Seguridad Mútua firmado en 1951 y renovado cada 10 años, es la única alianza que ha suscripto el Japón, cuyos gobiernos nunca aceptaron ingresar en las alianzas regionales lideradas por los EE.UU. ni tampoco proveer a las fuerzas de paz o contingentes internacionales tipo "casos axules".

Esta alianza es esencial a la política japonesa de relaciones exteriores y representa una excepción mayor a la regla de no participar en el juego político militar internacional. En los hechos, el de los japoneses en su alianza con los EEUU ha sido constantemente pasivo. La idea de asistencia mútua prevista en la alianza ha funcionado siempre en un solo sentido: de los EEUU hacia Japón, con el concepto de que el Japón, bajo el paraguas atómico protector de los EEUU, no necesita dedicar mayores esfuerzos al desarrollo de su aptitud militar, excepto para una capacidad mínima sutilmente definida como de *auto defensa* (el artículo 9 de la Constitución japonesa, impuesta por los EE UU durante la ocupación, renuncia a la guerra como derecho para dirimir conflictos internacionales y prohíbe la existencia de fuerzas armadas). El Japón se ha quedado siempre fuera de todo compromiso derivado de las guerras "frías" o "calientes" en que se han involucrado los EEUU, aún en las que afectaron la región vecina como Corea, Taiwan o Vietnam.

Pero no sería justo sacar de estos hechos la conclusión de que la alianza con el Japón no ha servido a la política norteamericana en el Pacífico durante los últimos 30 años. El centenar de bases aéreas, navales y terrestres que los EEUU ocupan en territorio japonés son de gran utilidad en tiempo de paz y más aún en tiempo de guerra. Sin ellas la guerra de Corea no habría podido terminar como terminó y la de Vietnam habría tenido un desenlace aún peor del que tuvo. Pero a pesar del valioso apoyo logístico que las fuerzas norteamericanas reciben en territorio japonés, el Japón se ha manifestado en una postura como si esas fuerzas no le incumbieran. La alianza lo ha obligado a soportarlas, pero no imponerle nada más. Y

el Japón se las ha ingeniado siempre para sacar provecho de sus activas relaciones comerciales con las dos Coreas, las dos Chinas y los dos Vietnam. La China comunista ha sido siempre tratada por el Japón con muchas consideraciones. En los análisis estratégicos hechos por japoneses, nunca la China es colocada en la lista de las amenazas. Pese a la *alergia atómica* nipona, los logros chinos en materia de armamento nuclear no han provocado manifestaciones de crítica o de temor.

A pesar de la falta de poder militar por parte del Japón, la alianza produjo un nuevo centro de poder y es esencial a ambas naciones para sus posiciones de defensa en el área. El Japón depende de los EEUU para su seguridad militar, los EEUU dependen del Japón por la posición estratégica de éste. Esta naturaleza dualista produce una cantidad de tensiones, por cuanto es imposible que dos poderosas naciones disfruten invariablemente una compatibilidad universal de intereses. Para el Japón, la cuestión estratégica primaria es la medida en que puede depender del compromiso de los EEUU para su seguridad. Para los EEUU, el grado en que puede depender de la disponibilidad de la posición japonesa en una contingencia militar.

Los dos países tienen mucho más que una relación militar. Cada uno depende del otro como socio económico, pero también son competidores en el campo comercial. Esta relación introduce tensiones recurrentes en la alianza y la resolución o moderación de ellas es una de las tareas más importantes del aparato estatal de ambas naciones. Tensiones adicionales, tal vez innecesarias, fueron introducidas por los EEUU con sus importantes actividades diplomáticas en el área sin previa consulta a los japoneses, algo que en una alianza puede considerarse como un deber de todo buen socio. Son ejemplos destacados el giro de la política norteamericana hacia China popular y la intención de retirar las fuerzas norteamericanas de Corea.

Actualmente la URSS es la única potencia que posee la posición y la fuerza necesarias para amenazar al Japón. Las animosidades resultantes de una larga historia de conflictos no han impedido las relaciones comerciales. Pero sí han sido unos de los factores que inhiben futuros intercambios de capital y tecnología japoneses por recursos siberianos. Generalmente las aperturas soviéticas han sido frustradas por la falta de inclinación japonesa a arriesgar su partici-

pación norteamericana. La atención japonesa ha girado crecientemente hacia el *mercado chino*, lo que condujo al establecimiento de plenas relaciones diplomáticas y comerciales, con un considerable disgusto de los rusos particularmente por la aquiescencia de los japoneses en incluir una cláusula *anti hegemónica* en el Tratado de Paz y Amistad firmando en agosto de 1978, siendo *hegemonía* un eufemismo bien conocido de los chinos para referirse a las aspiraciones soviéticas por el domino regional.

El principal tema sobre el cual discrepan los soviéticos y los japoneses (a parte de los derechos de pesca que constituyen un agudo problema en todo el noreste asiático) es la ocupación continúa por los soviéticos de las cuatro islas sureñas de la cadena de las Kuriles, capturadas al final de la segunda guerra mundial cuando ya los japoneses se habían rendido. La posición de los japoneses es que legal e históricamente esas cuatro islas son parte del Japón, no territorio adquirido o conquistado. Aunque la URSS ha reconocido en parte al menos el reclamo japonés, se ha rehusado tozudamente a tratar la devolución y recientemente ha incrementado sus destacamentos militares en las islas, así como la actividad militar en la zona. Esta actividad incluye la práctica de asaltos anfibios y reconocimientos aéreos alrededor de Hokkaido. Su posición en estas islas le confiere a los soviéticos algunas pequeñas ventajas, permitiéndoles una amenaza más cercana a una de las principales islas del Japón.

La cuestión del rearme japonés recurre con frecuencia crecientemente con estas apreciaciones del proceso geoestratégico del Pacífico norte. La magnitud a que ha evolucionado el tenor de la discusión, desde el de una improbabilidad hasta el de un asunto serio, aún dentro del mismo Japón, es una medida de la creciente importancia del tema. Como tal proceso afectaría los intereses nacionales de todos los países de la región es una materia extremadamente compleja.

La Constitución que fue impuesta al gobierno y al pueblo japoneses a fines de 1946 por las autoridades de la ocupación militar norteamericana, ha venido funcionando bien desde entonces y cuenta con un considerable consenso popular. Su artículo 9° dice: (i) *Aspirando sinceramente a una paz internacional basada en la justicia y el orden, el pueblo japonés renuncia para siempre a la guerra como un derecho soberano de la nación, y al uso o a la amenaza de la fuerza como un medio para resolver disputas internacionales.* (ii) *A fin de cumplir con el propósito del párrafo precedente,*

jamás se mantendrán fuerzas de tierra, mar y aire, ni tampoco otros potenciales de guerra. No se reconocerá el derecho de beligerancia del estado.

Pero en 1951 cuando se firmó el Tratado de Paz del Japón con las Potencias Occidentales (Tratado de San Francisco), se incluyó una referencia al *derecho inherente del Japón a su autodefensa*, frase tomada directamente del artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas. En ejercicio de este *derecho inherente* el Japón ha desarrollado las denominadas *Fuerzas de Autodefensa Terrestre, Marítima y Aérea*. Esta inversión de actitud por parte de los EEUU y Gran Bretaña provino de la proximidad de la URSS y del dominio total del comunismo en la China continental, alarmando la perspectiva de un vacío de poder en un Japón indefenso. No es infrecuente oír a académicos y periodistas japoneses hablar como si las fuerzas armadas japonesas no existiesen en absoluto, o de que solo existen para el empleo de su capacidad únicamente defensiva. Pero no hay nada inherentemente defensivo en los modernos sistemas de armas con que cuentan esas fuerzas de *autodefensa*. El que ellas sean usadas o no para la defensa depende de donde vayan a ser desplegadas (lo que a su vez depende de su capacidad para trasladarse fuera del Japón) y con qué propósito.

No hay ninguna indicación que sugiera que el Japón tiene alguna intención de desarrollar poderosas fuerzas armadas y construir armas nucleares. Pero no se puede ignorar que posee la capacidad para convertirse una vez más en una gran potencia militar en un lapso relativamente corto. Mientras esto no ocurra, y podrán pasar muchos años antes de que se indique esa posibilidad, el Japón no constituye una amenaza para nadie dentro del complejo estratégico del Pacífico. Mientras continúe en vigor su Pacto de Seguridad Mútua con los EEUU (fue renovado en 1970 y en 1980 cada vez con menos problemas y hasta China comunista ha informado que no tiene motivos de oposición contra la existencia de este pacto), no hay necesidad para el Japón de rearmarse. El gasto militar no llega al 1% del PBN y es el 8% del presupuesto fiscal, lo que alcanza para un ejército de 180.000 hombres, una armada de 60 buques de combate y 16 submarinos, y una fuerza aérea de 450 caza-bombarderos supersónicos. Este material es muy moderno, de diseño americano y fabricado localmente por una industria logística militar que da también sostén a las fuerzas de los EEUU asignadas al área.

Hoy sería un error creer que Japón terminará participando activamente en los problemas militares de los EEUU, elevando su poder bélico a un nivel acorde con su desarrollo económico y su compromiso político con el mundo libre.

Por haber sufrido la bomba atómica en carne propia, el Japón se capacita para las relaciones internacionales de la *era post-atómica* donde la guerra habrá desaparecido porque lo contrario implicaría extinguir la civilización y donde el poder económico será el modo de competencia entre las naciones. Por eso su adhesión al artículo 9° de su constitución y sus evasivas ante las presiones de que aumente sus gastos militares, asunto que sólo acepta tratar como posibilidad de reducir el enorme saldo comercial favorable que tiene con las potencias occidentales, mediante la adquisición en esos países de sofisticados sistemas de armas que por su elevadísimo costo pueden ejercer un gran peso nivelador en las balanzas de pago, con efecto rápido y sin las complejidades que requieren los equilibrios financieros por la vía del mercado de bienes comerciales.

En el Japón la economía prevalece sobre la política, tanto interna como internacional. Desde 1947 el Partido Demócrata Liberal (conservador) se mantiene en el gobierno con mayoría absoluta en la Dieta (parlamento). Este partido viene triunfando por la continuidad y la confianza que inspira en la prosperidad económica. No hay planteos ideológicos que preocupen al electorado. Ni socialistas ni comunistas proponen plataformas que alteren el concepto tradicional japonés de creencias y valores.

El Japón se prepara para seguir siendo una potencia de primera magnitud en el siglo XXI, pero mediante la fuerza de las relaciones económicas internacionales, no la de las armas. Tras esta meta, es coherente la política japonesa de contribuir al desarrollo económico de sus vecinos regionales, aún a costa de perder competitividad en algunos campos. No se ha escuchado una palabra de queja en el Japón por el cierre de algunas decenas de miles de plantas industriales textiles, electrónicas, petroquímicas o astilleros, por no ser competitivas ante similares más eficientes instaladas en Corea, Taiwan, Singapur o Malasia, con o sin el apoyo de capital y tecnología japoneses.

Es de notar que mientras esas naciones han incrementado explosivamente sus exportaciones de manufacturas a los mercados mundiales con el consiguiente superavit en su balanza comercial, sus balances de pagos con el Japón se ha ido haciendo más y más deficitaria-

rios en proporción más o menos equivalente, por el costo de la tecnología nipona que necesitan importar. Se podrá argumentar, correctamente, que el Japón supera en tanto la magnitud de estos pequeños competidores que no teme por los esforzados triunfos que ellos puedan lograr, y hasta puede complacerse de lo que obtienen gracias a la imitación que hacen del *modelo japonés*. Esto es cierto. Pero no será lo mismo cuando la China ponga en funcionamiento un *super modelo japonés* dotado de más de mil millones de seres humanos en un espacio geográfico 25 veces superior al nipón. El tradicional respeto cultural que los japoneses sienten por la China hace pensar a algunos sinólogos que llegado el caso, para lo cual faltan no menos de 50 años, el Japón cederá el tercer puesto que hoy ocupa después de los EEUU y la URSS. En esa hipotética década de los años 2.030, el poder económico sino-nipón será sólo superado por el de los EEUU, con una activa participación técnico-comercial de los colosos del Océano Pacífico, Canadá, Australia e Indonesia, seguidos en orden de magnitud menor, pero no menos eficiente por Taiwan, Malasia, Singapur, Filipinas y Nueva Zelanda.

América Latina

La cordillera de los Andes es una valla determinante de que los mayores potenciales en población y recursos económicos de América Latina se extiendan hacia el litoral atlántico, resultando las zonas que miran al Pacífico *apretadas* contra ese escarpado espaldar montañoso. Consecuentemente, los relativamente grandes desarrollos agrícolas e industriales latinoamericanos se vinculan con el mundo por las vías marítimas atlánticas en mucho mayor proporción que por las del Pacífico. Es verdad que a medida que la tecnología, la política y la economía lo han permitido se abrieron pasos este-oeste (el canal de Panamá es el ejemplo más notable) pero las limitaciones y los sobre-costos que impone el tránsito por ellos no neutralizan a veces esta asimetría que la región tiene respecto de sus dos frentes oceánicos.

Pese a estas dificultades originadas en la geografía, se manifiesta un interés creciente en general, por no quedar fuera del activo proceso de intercambio que se viene desarrollando en la cuenca del Pacífico. Desde Méjico hasta Chile, las naciones latinoamericanas se

están esforzando por incrementar sus intercambios con el lejano oriente (o *lejano occidente*, según como se mire), aunque no siempre con la organización, la perseverancia y sagacidad adecuadas para que su mano de obra y sus recursos naturales rindan el provecho que sería de esperar según algunas estimaciones algo optimistas.

Estimulado por el laborioso ejemplo de colectividades locales originadas en la inmigración nipona, el *modelo japonés* goza de buen prestigio y es motivo de interés. En Méjico y Brasil principalmente, ese interés ha canalizado vías eficaces, con el establecimiento de numerosas *Joint-ventures* y con la capacitación de centenares de becarios enviados anualmente al Japón para aprender los secretos del *management* y la productividad nipones.

Méjico y Brasil en mayor escala, y otros países en proporción a su menor dimensión, están desarrollando importantes vínculos económicos con el Japón y otros focos de progreso del Asia oriental, teniendo centenares de industrias radicadas con capital y tecnología de aquel origen. Un ingrediente de gran utilidad para el desarrollo de estos vínculos es la disponibilidad de una población local de origen japonés que facilita el entendimiento y la confianza entre los dos esquemas culturales tan dispares y que necesariamente deben cooperar para el éxito del proceso. En la Argentina no hay una colectividad de ese origen tan numerosa, debido en parte al desaliento que opusieron ciertos funcionarios a la admisión de importantes contingentes inmigratorios japoneses, alegando inconsistentes argumentos racistas.

Los líderes del empresariado y del gobierno japonés exaltan y valorizan la significación de ese proceso migratorio hacia América Latina (que reúne la más numerosa población de origen japonés en ultramar), como una contribución al progreso de nuestros países en fuerza de trabajo y conocimiento, que fomentan el desarrollo de útiles relaciones entre las partes con una importante perspectiva de beneficio para todos. Las decenas de miles de japoneses que estudian asuntos latinoamericanos en universidades e institutos situados en todo Japón, confirman la importancia que asignan a esta expectativa. Pero las acciones niponas concretas en el campo de los negocios y de las iniciativas oficiales no manifiestan una celeridad satisfactoria a las impacencias latinoamericanas. cosa que se puede atribuir, simplificando, a cierta perplejidad que

engendra en los japoneses nuestra inveterada inconstancia intelectual y temperamental.

El hecho, demostrado científicamente, de que los indígenas americanos (nuestros indios) provienen de migraciones mongólicas desde el noreste asiático, a través de la entonces transitible Beringia (hoy estrecho de Bering) y se multiplicaron extendiéndose por las desiertas vastedades americanas, desarrollando en algunos sitios civilizaciones que atrajeron la admiración de los descubridores españoles, da algún fundamento a un sentimiento de *parentesco* entre los pueblos del Pacífico: los de Asia, los de América y los de Oceanía. Estudios hematológicos recientes nos instruyen acerca de la historia de esas migraciones afirmando: (1) que está confirmado el origen asiático de los amerindios; (2) que las primeras migraciones son muy antiguas, comenzaron hace 50.000 años; (3) que las poblaciones asiáticas aún vivas, más cercanas de los amerindios actuales, se encuentran en Siberia oriental y en el norte del Japón; (4) que aquellos primeros asiáticos que llegaron al Nuevo Mundo encontraron un continente vacío de población humana; por tanto ellos fueron los auténticos descubridores y pioneros de América.

Esto no tiene mucho valor práctico actual ya que los amerindios fueron absorbidos por la pujante corriente cultural de los colonizadores europeos, y sus antepasados habían salido de Asia mucho antes de que allí floreciera la gran civilización china. Pero en los ideólogos del indoamericanismo (influyentes en algunas naciones con alto porcentaje indígena) estos acontecimientos pueden inspirar cierto sentimiento de pertenencia (más correctamente de *consanguinidad*) entre los pueblos de latinoamérica y los del Pacífico asiático e insular.

Poco se progresaría si el intercambio entre Latinoamérica y la comunidad del Pacífico quedara limitado a lo que se traficara por los puertos de la costa oeste americana. No porque no sean buenos puertos, sino porque la actividad económica más masiva al otro lado de la Cordillera no tiene acceso económico y fácil a ellos. Para los intereses comerciales con salida natural hacia el Atlántico, desde Méjico hasta la mitad norte del Brasil, el canal de Panamá tiene una influencia determinante: si bien es probable que el costo de su construcción esté amortizado hace tiempo, el peaje, más las demoras resultantes de su saturación, agregan apreciables costos extras que restan competitividad o beneficio a los tráficos desde

y hacia los mercados asiáticos. Dado que el canal no admite buques mayores que los tipo Panamax (60.000 toneladas) ciertas cargas a granel no obtienen los menores fletes que permitiría su transporte en buques de más porte por la vía más corta.

La posibilidad de abrir un segundo canal, al nivel del mar y con ancho y profundidad para los más grandes buques, es una idea tan antigua como el canal existente y que sigue teniendo plena vigencia. El señor Shigeo Nagano, patriarca de la recuperación económica del Japón y presidente de la federación de cámaras del comercio y la industria de ese país, viene patrocinando los estudios para la concreción de ese proyecto, lo que es un poderoso padrino. Pero la participación principal de los japoneses en el emprendimiento no será viable si los EE UU no lo apoyan política y financieramente, y si no se disipan los nubarrones de la subversión marxista en Centroamérica.

Aquí es de recordar que entre el Japón y los EE.UU existe un acuerdo de consulta e información recíproca para asuntos latinoamericanos, mediante encuentros anuales de cancilleres o subsecretarios. En dos ocasiones este vínculo se usó con referencia a nuestro país: en enero de 1978 el primer ministro Fujuda y en octubre de 1979 el primer ministro Ohira, expresaron al gobierno del presidente Carter la discrepancia del gobierno japonés con su política sobre derechos humanos y le solicitaron una actitud más favorable hacia la Argentina. Ese fué el período de gestación de la invitación al presidente Videla para su visita oficial al Japón que se materializó exitosamente en octubre de 1979.

Un nuevo canal centroamericano concitará probablemente el aporte de capital y trabajo de todo el continente y se realizará como el gran emprendimiento de integración latinoamericana del siglo XXI. Sería deseable que Argentina se asociase al esfuerzo, manifestando su vocación integracionista y por los tráficos al Pacífico. Pero sin olvidar que vía Indico hay rutas muy rentables, con numerosos puntos intermedios altamente generadores de fletes, existentes en el camino hacia el lejano oriente. Esto se ilustra con los buenos beneficios que produce la línea de ELMA que, con dos o tres frecuencias mensuales, no da abasto a las cargas disponibles, no tanto de punta a punta como entre escalas intermedias.

Hay una actividad económica en regiones argentinas precordilleranas que si contaran con eficientes transportes transandinos (fe-

rocarriles electrificados, por ejemplo) podrían beneficiarse usando puertos más cercanos en la costa pacífica, aventajando una cierta área definida por la línea de iso-costos donde sería indiferente salir hacia un lado o el otro. Pero probablemente transcurrirá algún decenio antes de que se pueda acordar con Chile la concreción de esta clase de posibilidades. Entidades japonesas relativas al desarrollo ferroviario han estudiado insinuando que su participación requerirá continuidad en las decisiones y armonía entre las partes. Una ventaja más de estas vías de salida al Pacífico sería la obtención de zonas francas donde construir la infraestructura adecuada al movimiento y acopio de las mercancías involucradas.

La tan deseada salida al mar de Bolivia permite imaginar perspectivas equivalentes. La tradicional amistad de las relaciones argentino-bolivianas alienta las posibilidades de contar con las facilidades para implementar otra salida de nuestro comercio al Pacífico. Pero habrá que aceptar un largo tiempo de espera porque los chilenos, como se dijo antes de los rusos, tienen una inveterada aversión a abandonar territorios por ellos ocupados.

Los litigios territoriales son abundantes en toda América latina y constituyen en general un obstáculo a la integración regional proclamada desde los comienzos de la vida independiente. Estos litigios se agudizan a medida que aumenta la valorización de los espacios y los recursos accesibles desde ellos. Paradójicamente, la prosperidad económica que tanto se beneficiaría de la integración y la armonía entre las naciones, es la causa del endurecimiento en las controversias, ya que pone más en evidencia la ventaja de sacar provecho de un determinado lugar. El adelanto en tecnología y en aptitud económica debe por tanto ser acompañado por una elevación del talento diplomático y de gobierno, a fin de crear fórmulas de entendimiento que, sin duda, beneficien a las partes en litigio.

Si se hiciera una consulta a los principales sectores políticos, gubernamentales, empresarios, económicos, de cada país latino americano, habría una coincidencia unánime en cuanto a la necesidad de la región (como de cada nación individualmente) de acrecer las exportaciones como un medio insustituible para atender la regularización de las finanzas externas y los requerimientos de la expansión económica interna. Y habría una adhesión igualmente amplia a la idea de que el proceso de integración continental es un

mecanismo apropiado para suavizar la dependencia exterior de las economías latinoamericanas, mejorar el equilibrio de pagos de la región con una economía global de divisas y ofrecer un mercado de dimensión económica apto para la incorporación de tecnologías de producción masiva.

Observando los 20 años de vigencia del Tratado de Montevideo (ALALC) más los recientes tres para su conversión en la ALADI, se pone de manifiesto cuán grande es la distancia entre las palabras y los hechos, entre los propósitos y la realidad. Se advierte que dicho tratado fracasó en cuanto sus resultados distan mucho del objetivo integrador previsto en 1960, si bien su aporte al desarrollo del comercio interregional ha sido sustancial. Comentarios similares podrían hacerse con respecto al Tratado de Cartagena (Grupo Andino) y al del Mercado Común Centroamericano. La integración latinoamericana es imperativo de la hora presente para todos nuestros países y ninguno debe considerarse excluido de la histórica convocatoria a la construcción en común de un destino solidario. Sin embargo conviene prevenirse contra algunos riesgos que, como suele ocurrir en el caso de las grandes realizaciones, podrían desvirtuar su auténtico significado.

No puede desconocerse que la integración latinoamericana es el *Proceso de Intercambio y Apoyo Mútuo* más importante en la época actual de la región y el de mayor trascendencia para su futuro, en el contexto de las relaciones internacionales que se vislumbra y, específicamente, para estar en condiciones de ocupar un puesto de adecuada y conveniente relevancia ante el advenimiento de la *Era del Pacífico*. Pero la concreción de dicho proceso integracionista padece de varios e importantes males, algunos de los cuales comentaremos a continuación:

(1) *La geografía*, que con selvas impenetrables, desiertos inhóspitos y cordilleras infranqueables, entorpece el transporte y las comunicaciones. Las enormes distancias que separan a los principales centros de población, de producción y de consumo, la escasez de vías navegables, ferrocarriles y de carreteras, conspiran contra la vinculación a través del continente. Es imposible pensar que la integración pueda darse sin el auxilio del transporte y las comunicaciones, en cualquiera de sus formas, porque es indispensable que los bienes de producción y las mercancías objeto respectivamente de los planes de desarrollo y de las negociaciones, sean trasladados a

sus destinos. Además, la necesidad de competir con las tradicionales potencias marítimas extrarregionales requiere concertar, mediante acuerdos bi o multilaterales de transporte marítimo y fluvial, aspectos tales como el reparto de cargas, la complementación de servicios marítimos, la coordinación de sistemas portuarios, el mejor aprovechamiento de las infraestructuras y la máxima utilización de barcos de gran porte coordinando para ésto también a los sistemas de tráfico terrestre. Este es un desafío para lo que resta del siglo.

(2) *La crisis económica y social* en que se debate cada nación en particular, agravada en matices variables por el reflejo de la recesión mundial por la crisis del petróleo, que impulsa a un aislamiento proteccionista negativo, que da como resultado la acentuación de las diferencias y la profundización del atraso. Esto se manifiesta en la tozuda defensa de ciertos beneficios circunstanciales que, si bien merecen retenerse entre las motivaciones de la prosperidad ulterior de cada nación en particular, deterioran la confianza mútua y debilitan la capacidad negociadora de la región ante las fuerzas externas del poder político y económico. Mucho se declama la integración y se habla contra las actitudes aislacionistas regresivas, pero la tentación al proteccionismo es muy fuerte.

(3) *La inestabilidad política y temperamental* característica de los latinoamericanos que impide la armonización de los esfuerzos, tanto en el orden interno como en el de las relaciones interregionales, perpetuando un panorama estéril, plagado de litigios y carente de realizaciones perdurables. Esta característica desprestigia y resta confiabilidad a la región ante las potencias externas, con las cuales necesita mantener vínculos económicos ventajosos, imprescindibles para su progreso.